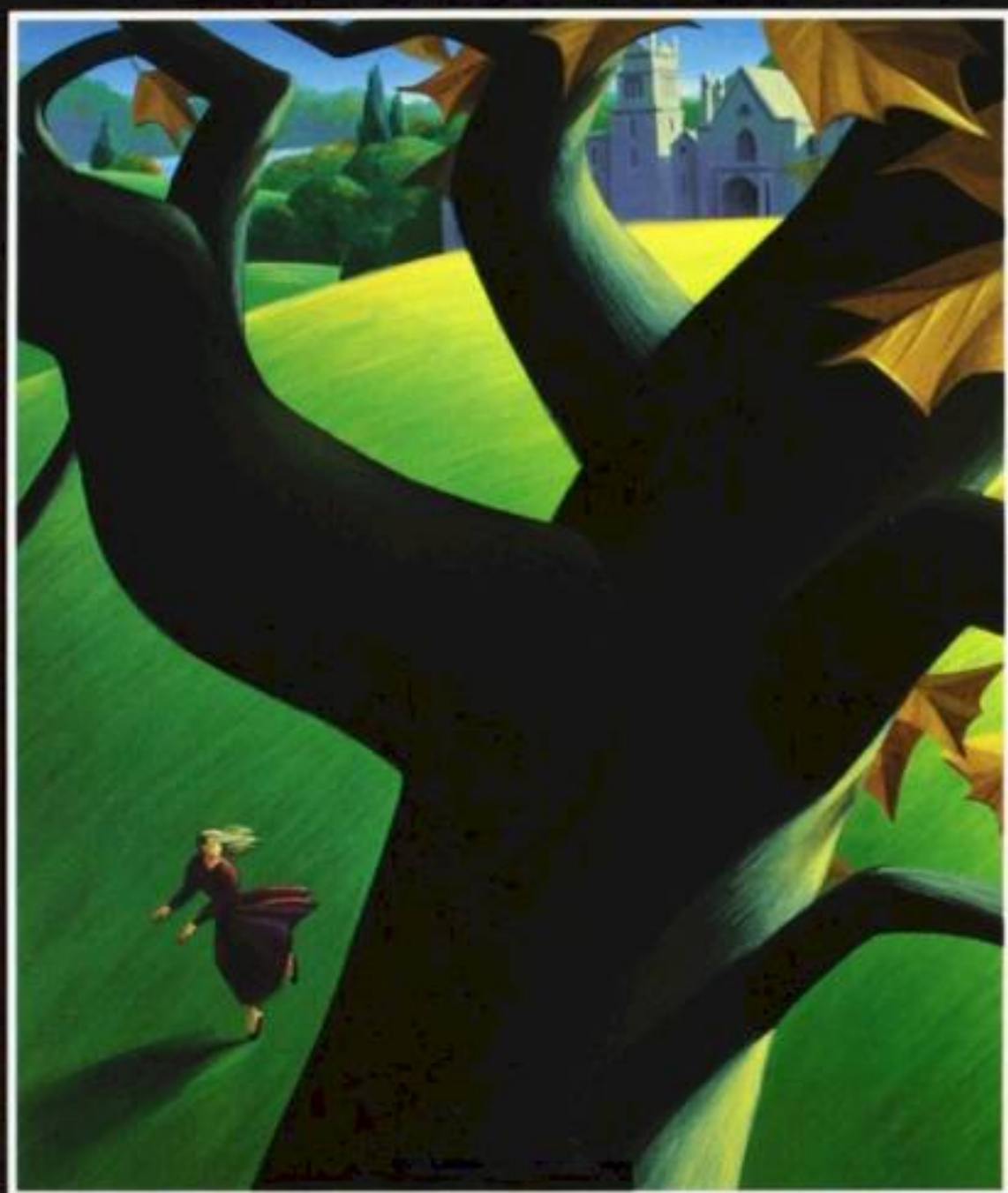


# Cristina Fernández Cubas

## EL COLUMPIO



«Un día, mucho antes de que yo naciera, mi madre soñó conmigo». Así empieza la extraña aventura de una joven que, tras la muerte de su madre y deseando encontrar sus orígenes, emprende un viaje a un rincón perdido de los Pirineos. Allí conocerá a sus tíos, Bebo, Lucas y Tomás, se alojará en la Casa de la Torre, recorrerá los parajes donde su madre, de niña, jugaba al diábolo y los tíos construían canales en el jardín, o «columpiaban por turno a Eloísa, su querida Eloísa...». Pero no todo resulta tan placentero como en las pocas fotografías viejas y cuarteadas que la narradora ha llevado consigo. A estas instantáneas se irán sumando otras. Cada vez más desconcertantes, más enigmáticas. Sólo al final la joven comprenderá su asombroso papel en este inquietante álbum de recuerdos ajenos.

A Carlos

Un día, mucho antes de que yo naciera, mi madre soñó conmigo. Ella era una niña aún, tendría unos diez, quizás once años. Estaba jugando en el jardín, junto a la casa en la que pasaba todos los veranos, e inexplicablemente —porque este detalle le parecía casi tan asombroso como lo que ocurrió después—, se quedó dormida. Entonces yo aparecí en su sueño.

«Tú eras alta, rubia. Mucho más alta y rubia de lo que eres ahora...». Estábamos las dos frente a frente, mirándonos con curiosidad. O quizá confundidas, perplejas... Nunca pudo, por más que se esforzara, relatar con exactitud en qué había consistido esa extraña visión; de qué habíamos hablado —si es que llegamos a hablar—, o si no hicimos otra cosa que observarnos en silencio. Tan sólo había algo de lo que estaba absolutamente segura. Aquella mujer que, burlándose del tiempo, se materializaba inesperadamente en el jardín, era yo, su hija. Lo supo enseguida. Antes, incluso, de comprender que estaba soñando. Pero tampoco esta idea le tranquilizó. Aquel sueño no se parecía a ningún otro. Era demasiado extravagante, demasiado absurdo. Y, aunque no fuera más que una niña, se sorprendió pensando: «Es impropio de una niña».

Era al final del verano y, cuando despertó, se dio cuenta de que había empezado a llover y estaba tiritando. Tuvo que guardar cama una semana, estornudando, tosiendo, con la fiebre alta. Pero, con el tiempo, el recuerdo de aquel sueño impreciso le parecía hermoso. Me lo contó una y otra vez, entornando los ojos, sonriendo, como si aún lo encontrara inexplicable, milagroso, absurdo, añadiendo a menudo: «Fíjate qué tontería...». Pero yo nunca la creí del todo.

Porque enseguida volvía al estupor, a la impresión que le había causado aquel encuentro del que tan poco podía recordar, sólo la certeza de haberme reconocido de inmediato y la sensación de que era un secreto, algo que no debía compartir por nada ni con nadie. «Ni siquiera se lo conté a ellos, a tus tíos...». Y era eso precisamente lo que me hacía sospechar. Porque, a lo largo de los inviernos en París, o durante los veranos en la playa, siempre aprovechaba la ocasión para, habláramos de lo que habláramos, regresar irremediabilmente al mismo escenario, un valle perdido al otro lado de los Pirineos —un caserón, un jardín— y, sobre todo, ellos... Sus hermanos y su primo. Los tíos.

Todos los caminos conducían al mismo lugar, a los mismos personajes. Y, cuando no ocurría así, se aferraba al recurso de aquel sueño imposible, pretendiendo tal vez que, al implicarme, yo la escucharía con mayor entrega. Pero con esta infantil estratagema no conseguía más que el efecto contrario. Hasta que, con los años, me pareció comprender el auténtico sentido de aquella ingenua invención, de sus ojos entornados, de su sonrisa. Y, sintiéndome en deuda con su añoranza, tomé papel y pluma y escribí: «*Queridos tíos*».

Había enviado la carta desde París hacía tres semanas y, aunque no había recibido respuesta, decidí aparecer, tal y como me había propuesto, en la fecha anunciada. Durante el trayecto —un expreso, un cercanías y finalmente el autocar que me conduciría hasta el valle— me entretuve fabulando sus rostros, adjudicándoles diversas profesiones, imaginando las palabras de bienvenida. Apenas si sabía nada de ellos, fuera de sus juegos infantiles en el valle, pero ésta, sin embargo, no era la primera vez que les escribía. Lo había hecho siete años atrás, presentándome como su sobrina y comunicándoles la muerte de mi madre. De aquella carta —cuya redacción corregí una y otra vez y que tampo-

co obtuvo respuesta, recordaba tan sólo un párrafo: «*Mamá me hablaba mucho de vosotros, de sus hermanos, Lucas y Tomás, del primo Bebo. Os recordaba y tenía pensado visitaros. Quería que nos conociéramos*». Todo eso era cierto, desde luego. Pero me había guardado muy bien de precisar que era yo quien, con una excusa u otra, demoraba siempre aquel momento. La ocasión de conocerles, abrazarles, o de alojarme en una vetusta Casa de la Torre que me empeñaba en situar fuera del tiempo, como aquellas fotografías antiguas, macilentas, en las que mamá jugaba al diábolo, y los tíos, vestidos con pantalones de golf, montaban en bicicleta, construían canales y túneles en el jardín, o columpiaban por turno a Eloísa, su querida Eloísa, mi madre.

Yo ignoraba, naturalmente, que mi madre iba a morir. De no haber sido así, hubiera sacrificado con gusto cualquiera de nuestros veraneos en el mar y me hubiera mostrado más amable, más cariñosa, más comprensiva. Mamá —después me lo repetiría a menudo, desapareció en el peor momento. Y, aunque ya nada podía hacer por remediarlo, a veces me sorprendía pensando que hubiera sido mucho mejor que muriera antes, cuando yo era sólo una niña pegada a sus faldas, o ahora, a mis veinticinco años. Pero no entonces. En aquellos momentos en que resulta casi imposible que una madre aún joven y una hija adolescente logren entenderse. Porque fue tal vez la soledad que yo le ofrecía lo que la volcó en el recuerdo de su infancia. Y escribió a sus hermanos, a su primo. Escribía de vez en cuando y tampoco, que yo sepa, obtenía respuesta. «Son cosas del campo», me dijo en una ocasión. «Escribes, dices que estás bien y ellos se dan por enterados». Pero yo sospechaba que hubiera preferido una contestación, cuatro líneas, al menos una fotografía. «Son así», añadía sonriendo. «Tres solterones tozudos como ellos solos. Pero ya verás, en cuanto bajemos del autocar, se volverán locos de alegría». Y yo la dejaba hablar, sabiendo que a pesar de sus esfuer-

zos no lograría convencerme, como cada verano, como siempre. ¿Por qué no iba ella a visitarlos si tantas ganas tenía? Y también, como siempre, como cada verano, mamá fruncía el ceño. No podía dejarme sola. ¿Cómo iba a dejarme sola a mis trece, a mis quince, a mis diecisiete años? Únicamente tiempo después comprendería que aquellos deseos de protección que tanto me habían irritado eran sólo una verdad a medias, y que mi madre necesitaba de todo mi apoyo para atreverse a desandar camino y regresar al valle. «Además», decía, «se deben morir de ganas de concertar. A ti, a la francesita».

Mamá no podía regresar con las manos vacías, y yo, «la francesita», me había convertido, desde hacía mucho, en la única justificación válida de su ausencia, de su deserción, de todos aquellos años en los que el valle, un punto minúsculo en el mapa que ahora sostenía entre las manos, no se había borrado nunca de su memoria. Pero de ésta, como de tantas otras cosas, me daba cuenta tarde, demasiado tarde. O tal vez, como ya he dicho, fue ella quien se fue de esta vida muy pronto. Y ahora era yo quien necesitaba conocer a los tíos. A sus hermanos, Lucas y Tomás. A su primo Bebo. Llevaba las fotografías en el bolso, aquellas instantáneas amarillas a las que casi nunca había prestado atención, pero ahora, cuando las sacaba y miraba una a una, parecía como si mi madre estuviera aún allí, a mi lado, señalando con el dedo, relatando anécdotas, hablándome con su voz soñadora, feliz, un tanto aniñada: «Bebo y yo queríamos carnosos de mayores. El primo me decía que era muy sencillo; bastaba con pedir permiso al Papa. Pero mis hermanos se molestaban muchísimo. Antes de hablar con el Papa se les tenía que pedir consentimiento a ellos. Entonces yo me columpiaba con rabia, como si estuviera enfadada, y decía que era inútil, porque, si seguían así, discutiendo tontamente, cruzaría los Pirineos, me casaría con un francés y no volverían a verme». Y ahora, mientras recordaba su sonrisa, yo pensaba que mamá, desde el columpio, con el traje

blanco de organdí por el que asomaban unas enaguas almidonadas, había entrevisto su destino. Y de nuevo me sentía culpable. No por haber nacido, por ser la hija de «un francés», sino por haber hecho posible, con mi incomprensión, el cumplimiento de su profecía. No volverían a verse. Pero ella nunca lo supo. Mi madre, claro está, ignoraba también que iba a morir.

El autocar acababa de detenerse en un cruce de carreteras. Leí: FONDA. HABITACIONES. COLMADO. El conductor me hizo una seña. Había llegado a mi destino. Él también se apeó y abrió el portaequipajes. Yo dejé que me precediera. Entró en la fonda como quien entra en su casa, con la saca de la correspondencia en la mano, saludando por su nombre a una anciana ciega que se daba aire con una revista, reclamando a gritos a una tal Lucila, haciendo caso omiso de los ronquidos de un hombre que dormitaba en una habitación contigua y del que sólo alcancé a ver, en la penumbra, las oscilaciones de una tripa voluminosa. Ahora el conductor y Lucila charlaban animadamente frente a una cerveza. Miré el reloj. El autocar había llegado a la hora. Sólo que nadie había acudido a recibirme. Compré un periódico y una postal en la que se veía un luminoso: FONDA. HABITACIONES. COLMADO.

—La Casa de la Torre —dije a la mujer cuando el autocar había desaparecido ya de nuestra vista—. ¿Podría llamar desde aquí? ¿Sabe usted el número?

La mujer me miró de arriba abajo.

—Los de la Torre nunca han tenido teléfono.

Pedí un refresco. La mujer seguía observándome con curiosidad. Por un momento pensé que era mi acento lo que le había sorprendido.

—Son mis tíos —expliqué.

Ella se limitó a indicarme el camino. Primero una aldea, cuatro casuchas viejas en las que apenas quedaba un par de almas. Luego la urbanización. Limpia, bonita, dijo. Muy moderna. Y después, a menos de un kilómetro, la casa. Era



muy fácil dar con ella. Enseguida divisaría el torreón. Y de paso —ahora me miraba con cierta familiaridad—, ya que iba para allí, podía hacerle un favor y entregar una carta. Se encaramó a una escalerilla y me tendió un sobre. Al instante reconocí mi letra.

—Pero ¿cuándo llegó? —pregunté atónita—. Hace por lo menos tres semanas que la envié.

La mujer se encogió de hombros. Deduje que no siempre se ocupaba ella del correo, pero no me molesté en averiguar nada más. De pronto todo me parecía absurdo. Yo dirigiéndome hacia la Casa de la Torre con un maletín y una carta en la que se informaba de que una de aquellas tardes yo llamaría a la puerta de la Casa de la Torre. Así y todo me puse en camino. Alcancé el pueblo, las cuatro casas viejas, enfilé por la carretera de la urbanización y llegué hasta una plaza aséptica, fría, desierta. Todas las urbanizaciones son iguales, pensé. Espantosamente iguales. Y siempre alguien dice de ellas «muy limpio, muy bonito, muy moderno». Leí: SUPERMERCADO, MODAS PARIS... Me senté junto a una fuente y encendí un cigarrillo. Tal vez hubiera debido quedarme en la fonda, hacerles llegar la carta junto con una nota y esperar. Pero enseguida imaginé un cuarto angosto, recordé el rostro de la anciana ciega abanicándose con una revista, los ronquidos del hombre, me pregunté por medio de quién podría haberles anunciado mi llegada y resolví que estaba haciendo lo que debía hacer. Me mojé la cara en la fuente.

En aquel momento oí el timbre de una bicicleta. Alguien estaba dando vueltas a la plaza haciéndolo sonar con insistencia. Supuse que era un crío, pero al volverme sólo vi a un hombretón de edad indefinida. Tenía una cabeza grande, sudorosa, hacía como que no me había visto y decía, cantaba quizá, «bien, bien, bien, bien...». Ahora se había puesto de pie sobre el sillín; después volvía a sentarse y conducía sin manos; de pronto la bicicleta empezó a dar saltos. «Bien, bien, bien...». No quise pensar en nada. El

comité de recepción se estaba revelando más que curioso. Esperé a que el hombre desapareciera por la carretera y miré de nuevo el reloj. Era la hora de la siesta. ¿Se podía llamar a una puerta extraña a la hora de la siesta?

Divisé la torre, a lo lejos, al poco de abandonar la plaza. Una casa grande rematada por un torreón. Allí, en el último ventanuco, debía de hallarse el desván, el cuarto de los juegos, el arcón de los tesoros. Imaginé a mi madre probándose sombreros, disfrazándose, interpretando los papeles que Bebo, en las tardes de septiembre, escribía para los cuatro. Iban a ser actores, los mejores actores del mundo. Y de nuevo me arrepentí de no haber prestado mayor atención a sus recuerdos. Pero aún quedaban frases, retazos de monólogos que ahora cobraban vida y se hacían presentes a medida que avanzaba hacia la casa, cada vez más grande, o quizás era yo quien, intentando revivir otras infancias, iba haciéndome más y más pequeña. «Una vez yo era una princesa cristiana y ellos, tus tíos, unos terribles sarracenos que me tenían presa. Me habían encerrado en lo alto de la torre y querían hacerme renegar de mi fe. Por un momento llegué a asustarme de verdad. Pero entonces Bebo, sin avisar a mis hermanos, cambió el argumento de la obra. Les envió a guardar las puertas de la mazmorra, se quitó los ropajes de moro, se puso una cruz y, allí mismo, en el desván, cuando nadie nos veía, me dio un beso».

Oí de nuevo los timbrazos de una bicicleta y al volverme divisé al hombretón de la cabeza grande avanzando en zigzag hacia donde me encontraba. Me detuve y dejé el maletín en el suelo. Él frenó a escasos centímetros. Con brusquedad.

—Bien, bien, bien —dijo. Pero su rostro no me pareció tan despreocupado como hacía un rato. Ahora el sudor le resbalaba a borbotones por la frente—. En la fonda me han dicho que eres la hija de Eloísa.

Me alegró que alguien, aunque fuera él, pronunciara el nombre de mi madre. Quise resultar amable y señalé hacia

el torreón.

—Voy a casa de mis tíos... ¿Les conoce?

Enseguida me sentí ridícula. Mi voz había sonado cándida, como la de una heroína de cuento infantil, y la pregunta era a todas luces innecesaria. Si aquel hombre recordaba aún a mi madre, cómo no iba a conocer a sus hermanos y a su primo.

—Dicen también —añadió por toda respuesta— que llevas una carta.

Le miré confundida. ¿Era un recadero, un criado, un empleado de correos o simplemente un chismoso?

—Sí —dije. Pero solamente estaba hablando para mí misma—. Una carta en la que comunico a mis tíos que llego hoy. Una carta que se ha entretenido por el camino.

Me colgué el maletín al hombro y avancé unos pasos. El hombre me alcanzó en dos pedaladas.

—Pero si ya estás aquí, ¿para qué la necesitas? Anda, dame tu equipaje.

Dudé un instante. El hombre entonces sonrió:

—Soy Tomás. Tu tío Tomás.

Y enseguida ató el maletín junto al asiento y desapareció silbando hacia la casa.

Anduve despacio. Como si quisiera dar tiempo a que Tomás avisara a los otros de mi llegada, demorando en lo posible un encuentro que no se presentaba como había imaginado, intentando recordar alguna frase de mi madre que explicara el aspecto, la actitud, la rareza de su hermano. «Tomás, pobre, siempre fue algo simple. Un niño grande». O bien: «Sufrió un accidente de muy joven. Espero que no le hayan quedado secuelas». O mejor: «Es un hombre especial. Le gusta bromear, confundir. Los que no le conocen le pueden tomar por tonto...». Y aquí una de sus risas, una de aquellas carcajadas con que solía rematar sus evocaciones y que yo me empeñaba en desoír, como si nada de lo que hiciera referencia a su pasado pudiera compararse con mi estúpido presente, con la mirada egoísta con

la que contemplaba aquel presente. Y tal vez, si yo hubiera prestado mayor atención a sus palabras, ahora podría rescatar sin esfuerzo esa frase cualquiera, un dato tranquilizador, el comprensivo meneo de cabeza que encerrara a Tomás en una categoría diferente de la de su hermano, de la de su primo. Pero todo lo que me venía a la memoria era: «Los tíos. Tus tíos. Ya verás qué contentos se ponen»; su fascinación por desvanes, canteranos, cajones secretos; los juegos de infancia o aquella invención, la ingenua estrategia para implicarme en un mundo o un pasado que no me pertenecían: «Un día, fíjate qué tontería, soñé contigo».

Había llegado hasta la cancela del jardín y, al fondo, junto al portón de la casa, distinguí tres siluetas en un orden que se me antojó de recepción. El sol me daba de frente, pero supe al instante que, de aquellos hombres, el único que se había movido y acudía ahora a mi encuentro era Tomás. Lo adiviné, o tal vez escuché el «bien, bien, bien» que se me estaba haciendo ya familiar. Tomás volvió a saludarme e hizo las presentaciones: «Lucas, Bebo». Lucas arqueó una ceja e inclinó ceremoniosamente la cabeza. Era un hombre extraño, de ojeras negras y profundas. Tuve la sensación de que había algo en él pretendidamente postizo, falso. Tal vez usaba maquillaje. O peluquín. O demasiada agua de colonia. Con un deje de esperanza, miré a Bebo. El primo me sonrió con timidez. Estaba tan delgado que más parecía un espíritu. Le tendí la mano y él me la estrechó. Hice un esfuerzo para no retirarla enseguida. Era una mano flácida, bañada en sudor. «Dios mío», pensé. «Estos son los tíos, mis tíos». Pero sólo dije: «Estoy cansada. El viaje ha sido largo, muy largo».

No tuve que insistir. Curiosamente, no me dieron siquiera tiempo a excusarme, a exagerar la fatiga del viaje, a contarles los cambios de trenes o la espera interminable del sofocante autocar. Como si mi llegada no fuera tan imprevista como había temido, Tomás me condujo hasta una ha-

bitación del primer piso, se excusó por no haber tenido tiempo de prepararme la cama, me entregó toallas limpias, un juego de sábanas con olor a espliego, abrió el armario y me indicó la puerta del baño. «Cenamos en cuanto se pone el sol», dijo antes de despedirse. Me sorprendió la celeridad con la que habían resuelto mi instalación. El maletín reposaba sobre un somier, junto a un colchón enrollado, la ventana estaba abierta de par en par y el dormitorio limpio, escrupulosamente limpio y vacío de objetos personales, como si aguardara a un invitado que únicamente hubiera cometido la imprudencia de presentarse con unas horas de adelanto. La bañera descascarillada de patas de león se llenó pronto de un agua terrosa con fuerte olor a azufre. Abrí el sumidero y dejé que desapareciera describiendo círculos. El grifo del lavabo me ofreció un líquido semejante. Me mojé la cara. No quería pensar en nada, en casi nada. Ni en que resultaba mucho peor lavarse con aquel agua que no hacerlo, ni en que había actuado como una estúpida al presentarme tan a la ligera. Estaba allí, eso era todo. Y preguntarme por los motivos por los que estaba allí no iba a conducirme a nada. Demasiado tarde, me dije. Y estas palabras me devolvieron a otras muy semejantes pronunciadas con el pensamiento en los dos trenes, en el autocar, en los años que siguieron a la muerte de mi madre. Pero mientras tendía las sábanas, aspiraba el olor a espliego y me recostaba descalza sobre la cama, caí en la cuenta de que volvía a incurrir en un defecto antiguo que yo creía olvidado. El egoísmo. Mi eterno egoísmo, la incapacidad de meterme en la mente, los problemas, la vida de los otros. Y ahora sí, por primera vez desde que llegara a la casa, me sentí repentinamente tranquila. Porque, si la situación no me resultaba tan agradable como había ensoñado, ¿cómo debía de ser para ellos que ni siquiera sabían de mi llegada ni habían tenido ocasión de fabular nada? «Estamos en parecidas condiciones», murmuré. «Con una ligera ventaja a mi favor». Y aun sabiendo que de nuevo era el egoísmo el que

aparecía intentando combatir precisamente al egoísmo, me puse a reír e imaginé a los tíos, a esos «solterones tozudos como ellos solos», invadidos bruscamente en su intimidad, intentando reponerse de la sorpresa, preguntándose qué hacer conmigo, cómo atenderme, de qué hablarme... Ahora comprendía la facilidad con la que había logrado mi propósito. Me habían permitido desaparecer, refugiarme en el cuarto con sólo decir «estoy cansada», sin cumplidos inútiles, sin insistir en prolongar aquella absurda bienvenida, no tanto porque creyeran realmente en una fatiga que poco tenía que ver con el calor, las esperas o el viaje, sino más bien porque eran ellos los que necesitaban un descanso, una pausa, unas horas, en fin, para asumir el hecho de que yo, la hija de Eloísa, estaba allí. Y ellos, mis tíos, no tenían más remedio que atenderme.

Cuando el reloj marcó las ocho y media, me calcé, me refresqué la cara con colonia y bajé las escaleras carraspeando a propósito, apoyándome en el pasamanos y arrancando un chasquido suficiente para avisar de mi presencia. No me hubiera gustado sorprenderles por segunda vez, o quizá, lo que trataba de evitar por todos los medios era sorprenderme yo de nuevo ante su sorpresa. La casa estaba en penumbra, pero distinguí una puerta, coronada por un rosetón, y escuché un rumor apagado. A pesar de que estuviera entreabierta llamé con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz que luego sabría pertenecía a Lucas—. ¿Has descansado bien, querida niña?

Al principio me costó distinguir sus rostros. Se hallaban en pie, de espaldas al ventanal que daba al jardín, pero ya no formaban aquel orden rígido de recepción con el que me habían obsequiado pocas horas antes en el portal de la casa. Parecían más relajados, sueltos. Los tres sostenían una copa en la mano, y Tomás, dejando rápidamente la suya sobre un velador, se apresuró a ofrecerme una más chiquita, ya servida, que enseguida me llevé a los labios. Era un

oportuno rancio, terriblemente rancio, que ellos, sin embargo, parecían saborear con verdadero deleite. «Antes de cenar», dijo Lucas ceremoniosamente, «solemos tomar una copita. ¿No te hará daño, verdad?». Me trataban como a una niña, pero no puedo afirmar que aquello me disgustara. Miré complacida a mi alrededor. El comedor era espacioso y la bóveda del techo hacía que nuestras voces sonaran algo metálicas, como acompañadas de un pequeño eco. En el centro una mesa ovalada aparecía cubierta hasta la mitad con un mantel blanco, immaculado. Recordé el aroma a espliego de las sábanas, el perfecto estado del dormitorio que me habían asignado, y decidí que los tíos no vivían tan aislados como había sospechado y contaban con servicio, por lo menos con alguna mujer del pueblo que ayudara en las faenas de la casa. Nos hallábamos aún de pie, junto al ventanal, en el ángulo que hacía las veces de salón y, a la última luz del día, sus rostros me parecieron mucho más agradables.

—Tenéis una casa muy bonita —dije.

Y escuchando mi propia voz, el débil eco que había levantado mi voz, supe que lo que debía hacer a continuación, lo que se esperaba de una recién llegada unida a la casa aunque sólo fuera por recuerdos ajenos, era recorrer discretamente el comedor, admirarme de la belleza de los muebles o explicar lo mucho que mi madre me había hablado de ellos, de mis tíos, de la Casa de la Torre, de todo lo que ahora me era permitido presenciar. Con la copa en la mano rodeé la mesa y me detuve ante una consola. Alguien entonces prendió la luz.

—Sí. Es Eloísa —oí a mis espaldas.

Sobre la consola pendía un cuadro que en la penumbra había pasado por alto. Tampoco la débil luz de las arañas ayudaba ahora gran cosa, pero sí pude reconocer a mi madre de niña, a los nueve, a los diez, tal vez a los doce años, vestida con un traje vaporoso muy parecido al de las fotografías. Tenía una expresión entre angelical y enfurruñada, y